

Homenaje a Andrés Bilbao

CARLOS PRIETO*

Aunque parezca increíble, Andrés Bilbao se ha ido y no parece que vaya a volver. El día 6 de julio pasado moría en un hospital de Tarragona. CUADERNOS DE RELACIONES LABORALES tuvo la suerte de acoger en sus páginas algunos artículos suyos. No se volverá a repetir. Ni volverá a organizar ningún curso de postgrado en la Escuela de Relaciones Laborales de la UCM, como hizo más de una vez. Ni tampoco aparecerá, como solía hacerlo con frecuencia, por los pasillos los despachos de la Escuela de Relaciones Laborales para brindar un rato de buena compañía. Así que CUADERNOS y la Escuela no pueden menos de dejar recordar lo que nos ofreció en vida y de convertir el recuerdo en homenaje.

No es fácil homenajear a Andrés desde la Escuela de Relaciones Laborales y nuestra revista como se merece. Y menos tras la página espléndida que le dedicó en *El País* del 10 de julio pasado Ramón Ramos. Uno siente la tentación de reproducir el texto íntegro y poner el punto final. No caeremos en ella, pero no nos resistimos a reproducir algunos párrafos de aquél «En recuerdo a Andrés Bilbao Sentís». Alguno referido a su talante personal: «Inteligente, culto, mediterráneamente burlón y descreído, amigo de la noche y de la discusión, paseante incansable, pensador riguroso, terco, abstracto, Andrés fue un compañero ejemplar, amado por quienes compartíamos facultad y

* Universidad Complutense de Madrid.

aulas con él, amigo de todos y enemigo de nadie. Fue un docente vocacional y cuasi religioso, a pesar de su descreimiento tan entre pagano y puritano, que siempre iba a clase con la consigna «Me voy a predicar». Otros párrafos dedicados a su talante y a sus aportaciones intelectuales: «Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense desde el establecimiento de la disciplina sociológica a principios de los setenta, ha sido el exponente más brillante de la nueva generación de sociólogos. Buen conocedor de la tradición clásica, a la que dedicó gran parte de su obra escrita, Bilbao fue el impulsor de la sociología económica en España. (...) Se encontraba en él eso tan difícil de encontrar en el poblado universitario: una vocación intelectual incondicional, nada instrumental, atrevida hasta el punto de arriesgarse e ir más allá de las modas. Como buen y comprometido contemporáneo, siempre optó por distanciarse de lo inmediato para observar mejor. De ahí que no se dejara conmocionar por modas intelectuales y muchas veces encontrara más actualidad en Aristóteles que en la última lumbrera de la academia sociológica global. La suya ha sido una obra sin acabar, truncada por un destino cruel que nos deja huérfanos de lo mucho que aún tenía que decir quien se había adentrado en los últimos años en una despiadada indagación sobre la génesis intelectual de la modernidad y especialmente de eso que constituyó su obsesión intelectual: el individuo desencarnado e impotente que somos todos arrojados a esta carcasa vacía de autenticidad y llena de miedo que es la sociedad contemporánea». Poco se puede decir con más precisión, elocuencia y afecto y en menos líneas. Que quede dicho y subrayado.

Pero el recuerdo de un amigo que se fue puede ir más allá de un homenaje a su persona. Puede y debe convertirse en una reivindicación de la amistad. Estoy seguro de que Andrés estaría de acuerdo. Y es que sus amigos (y tuve la suerte de contarle entre ellos), al perderle, no hemos perdido una persona de gran capacidad intelectual, ni a un profundo conocedor de los pensadores que pusieron los pilares de la sociedad moderna, ni a un crítico lúcido y radical de nuestra sociedad de individuos, ni —yo he sido testigo de ello durante diez años en los cursos

de doctorado que impartíamos conjuntamente— a un pedagogo brillante y sorprendente (las mejores clases las daba sin una sola nota escrita delante). Lo que hemos perdido es un amigo. Un gran amigo. Único. Fiel. Generoso hasta más no poder. Siempre dispuesto a acudir a una llamada. Un amigo que siempre nos invitaba a ir a «un sitio nuevo que acaban de abrir» y que siempre era el mismo porque era el encuentro entre nosotros el que era siempre «nuevo». Lo demás es irrelevante. O, cuando menos, secundario. Él mismo, tan obsesionado por la teoría y a la que tanto tiempo dedicó, lo confesaba en los momentos de mejor lucidez callejera: «Carlos, en realidad, la teoría no es más que un pasatiempo, la charleta previa al momento en el que un camarero nos sienta a un grupo de amigos en una mesa para comer. Lo importante es la comida en compañía de los amigos». (Quienes mejor le conocían saben que la circunstancia a la que se refería Andrés en su comparación no era precisamente la comida). Así que pienso que el mejor homenaje que podemos hacerle sus amigos no es el de resaltar su capacidad y su obra intelectual, sino, precisamente, el de proclamar y reivindicar la grandeza de la amistad.

Y cómo no reivindicar de la mano de Andrés Bilbao la amistad sin hacer alguna referencia a (¿su viejo amigo?) Aristóteles. Aristóteles —muy al contrario de lo que le sucedía a Andrés— no es precisamente un santo de mi devoción. He llegado, en mi ignorancia, a tenerle verdadera manía. Cada vez que lo leo —¿y quién que haya tratado a Andrés con asiduidad no ha terminado por leer a Aristóteles?— lleno las paginas de sus obras de signos de exclamación ante la sorpresa y el cabreo que me producen muchas de sus afirmaciones. Pero —por amistad— me he releído los dos capítulos que el Estagirita (¡) dedica a la «amistad» en su *Ética a Nicómaco*. He vuelto a emborronar algunos párrafos con signos de exclamación (¡cómo no hacerlo ante una proclama como la siguiente: «La amistad de los hombres malos es mala; en cambio, la amistad de los hombres buenos es buena»). Pero también me he reencontrado con reflexiones preñadas de luz. Entre todas destaco una. Muy simple, pero infinitamente sabia. Dice así: «(La amistad) es *lo más necesario para la vida*. En efecto, sin amigos nadie querría vivir, aunque tuviera

todos los otros bienes». En eso uno puede estar del todo de acuerdo con el filósofo griego. Era lo más necesario para la vida en tiempos de Aristóteles y lo es probablemente más en el nuestro. ¿No es ella uno de los valores fundamentales que nos permiten subsistir y encontrar algún sentido a la vida en medio de «esta carcasa vacía de autenticidad y llena de miedo que es la sociedad contemporánea»? Estoy seguro de que todos los amigos de Andrés firmarían las palabras de Aristóteles. Y también —con certeza— todos aquellos que han experimentado la amistad en su existencia.

No obstante, así las cosas, nos quedaría en el aire una pregunta. Si la amistad es «lo más necesario para la vida», ¿cómo es que las ciencias sociales apenas se ocupan de ella? ¿No es concebible —y quizás necesaria— una política de la amistad? La despedida y el recuerdo de Andrés Bilbao podría ser la ocasión para que algunos sociólogos se pusieran a ello.

OBRAS DE ANDRÉS BILBAO

El positivismo y la sociología, Madrid, Edit. Saltés, 1979.

Traducción y estudio preliminar de Comte, A., *El catecismo positivista*, Madrid, Editora Nacional, 1982.

(Con otros): *La estructura de la clase obrera: el impacto de las nuevas tecnologías. Ponencias presentadas a las jornadas celebradas en abril de 1986 organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas*, Madrid, F.I.M., 1986.

Obreros y ciudadanos: la desestructuración de la clase obrera, Madrid, Edit. Trota, 1993.

Léxico de economía, Madrid, Edit. Talasa, 1993.

(Con B. Rich y P. Galand): *El sur desde el norte: rostros y paisajes*, Madrid, Talasa, AEDENAT, 1994.

(Editor): *Sociología y economía*, Monográfico de la revista *Política y Sociedad*, n.º 21, 1996.

El accidente de trabajo: entre lo negativo y lo irreformable, Madrid, Siglo XXI, 1997.

Modelos económicos y configuración de las relaciones industriales, Madrid, Talasa, 1999.

El empleo precario: seguridad de la economía inseguridad del trabajo, Madrid, Libros de la Catarata, 1999.

(Con E. Cano y G. Standing): *Precariedad laboral, flexibilidad y desregulación*, Alzira, Germania, 2000.

(Editor): *La crítica del discurso económico*, monográfico de la revista *Cuadernos de Relaciones Laborales*, n.º 16, 2000.